



## INTERNACIONAL DE LA EDUCACIÓN

### I CONFERENCIA DE LA MUJER

#### **La mujer y las relaciones de poder en la sociedad**

##### **1. Del mundo privado al ámbito público**

La vida en sociedad implica un complejo sistema de relaciones entre los individuos, los grupos sociales y los territorios, éstos constituidos por comunidades étnico/culturales y/o organizados en estados. Esas relaciones producen y son producidas por visiones personales y colectivas que se mezclan en la construcción de intereses humanos y sociales. Por eso, se caracterizan como relaciones de poder.

El poder tiene varios niveles y matices: Tutela familiar de adultos sobre niños; jerarquías vigentes en instituciones, como escuelas, iglesias y gobiernos; autoridad conferida por conocimientos especializados; legitimación de discursos hegemónicos sobre otros etc. Por eso, cuando tratamos de poder, en las relaciones de género, tenemos que considerar todo este contexto y, a partir de él, destacar el objeto de nuestra discusión.

Una primera reflexión con respecto a los géneros es sobre el ejercicio del poder en el ámbito privado. Muchas sociedades tribales fueron matriarcales, ya que las mujeres organizaban la economía. Al mismo tiempo, poseían el conocimiento sobre la salud, como la preparación de tés y de remedios. Con la llegada de la azada y de otros instrumentos de trabajo, los hombres comenzaron a tener el comando, pues administraban el excedente de producción que comenzó a ocurrir.

En el periodo de la revolución burguesa, en el siglo XVIII, se consagra un nuevo tipo de organización familiar, con grupos menores, constituidos por el padre, la madre y los hijos. El padre se convierte en el proveedor exclusivo o principal de ese núcleo, que demanda un papel para la mujer. Nace, así, la figura de la “reina del hogar”, o sea, la persona que tiene la autoridad sobre la vida privada, desde la organización de la casa hasta la educación de los hijos.

El ingreso de la mujer al ámbito público ocurre por una combinación dialéctica de intereses: Necesidades económicas y concientización de las propias mujeres. Por un lado, eventos, como las guerras, y la complejidad creciente del mundo del trabajo empezaron a exigir más mano de obra, especialmente industrial. Por otro lado, el mito de la “reina del hogar” disminuyó, frente a los cambios sociales que fueron ocurriendo. Para eso, ayudaron los descubrimientos científicos, como los anticoncepcionales, que empezaron a contribuir a la liberalización de costumbres y a la planificación familiar. Así, la mujer, de a poco, adquiere posibilidades de actuar en el ámbito público. El proceso inicial, sin embargo, se caracteriza más como adaptación que como ruptura.

##### **2. Educación: Puerta de entrada al mundo del trabajo**

El papel ejercido en la vida privada, como el cuidado de los hijos, habilitó a la mujer para dos áreas de trabajo: Educación y salud. Fueron éstas las que se abrieron para abrigar gran parte de las pretensiones profesionales de las mujeres. Evidentemente, un gran contingente se fue incorporando a las actividades industriales, como tejeduría y otras, surgidas o ampliadas por la expansión capitalista. En este caso, las primeras contribuciones derivaban de la habilidad manual. En la educación y en la salud hubo una mayor naturalización del trabajo, pues éste continuaba representando la formación y los cuidados asociados con la maternidad.



Uno de los aspectos relativos al proceso de adaptación de la mujer en la educación está relacionado con el trabajo en jornada parcial. La dedicación a la profesión no impedía la organización de las actividades domésticas, aunque éstas representaran una sobrecarga. Al mismo tiempo, el *locus* privilegiado era la educación de los niños, en donde la proporción de mujeres siempre fue mayor que la de los hombres.

Las luchas por mejores condiciones de trabajo, sumadas a los procesos de organización de clase y de sindicalización fueron, gradualmente, construyendo condiciones para que la profesión adquiriera una nueva dimensión. De cualquier manera, persistieron problemas relativos a salarios bajos, lo que condujo a una estratificación permanente hasta la actualidad: La mujer actúa, principalmente, en la educación infantil y en los años iniciales de la educación básica, ocupando menor espacio en la educación superior.

También es bueno destacar que hay un largo camino a recorrer cuando se trata del espacio conquistado por las mujeres en las estructuras de poder de las instituciones educacionales y en el movimiento sindical, aunque constituyen la mayoría en la profesión, no ejercen el poder en la misma proporción de su presencia numérica. No obstante, hubo muchos progresos. Algunos son fruto de inducciones, como la obligatoriedad de porcentajes mínimos de participación de las mujeres en las direcciones sindicales. Otros son avances negociados, como la previsión de guarderías en actividades y eventos promovidos por los sindicatos.

### 3. La mujer en la política: Autonomía y responsabilidades

Las luchas por la emancipación de la mujer son, necesariamente, transversales. Por un lado, la organización capitalista de producción es selectiva y excluyente, lo que afecta al conjunto de las relaciones sociales y, evidentemente, también se manifiesta en las cuestiones de género. Así, las restricciones a la gestación y la maternidad, por ejemplo, repercuten en la oferta y la calidad de los empleos. En la propia formación profesional aparecen obstáculos para el acceso y la dedicación a los estudios.

Los desafíos son mayores para las mujeres negras, indígenas y campesinas, lo que muestra que las desigualdades sociales también tienen color y ubicación geográfica. Etnias no blancas concentran mayores contingentes de pobres, analfabetas y trabajadoras informales con sueldo bajo. Evidentemente, esas condiciones afectan la salud y dificultan el derecho a jubilaciones dignas.

Combinada con este factor de la organización material de la sociedad, la cultura es otro componente importante para mantener las desigualdades entre hombres y mujeres. El patriarcado no fue la única experiencia de organización social, pero fue la que marcó más profundamente al mundo occidental. Esta cultura se expresa en la educación formal, en la cultura, en los medios de comunicación, en la propaganda, en fin, en las relaciones entre las personas. Es verdad que esos también son espacios para el ejercicio contra hegemónico y para disputas de principios y conceptos.

Tanto la vida material, que Marx definió como infraestructura, como sus expresiones en la organización política y en las representaciones intelectuales, que el autor denomina como superestructura, actuaron en el sentido de configurar la sociedad contemporánea: Una sociedad compleja y desigual, pero potencialmente susceptible a cambios. Además de lo dicho con respecto a la identidad e inserción en el mundo del trabajo, un desafío que se presenta para la mujer es la ampliación y la consolidación de los espacios de poder.

Los espacios de poder no se limitan ni se resumen a la vida política, pero es en donde, emblemáticamente, se traducen. Por eso, la temática es importante, especialmente para Latinoamérica en este momento histórico en el que las mujeres ascendieron a puestos estratégicos, como en el caso de los gobiernos de Argentina, de Brasil y, hasta el año pasado,



de Chile. El caso brasileño es ilustrativo de las resistencias culturales al poder de las mujeres. En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, ocurridas en octubre de 2010, la oposición eligió como temas principales, en la campaña contra Dilma, el aborto y la unión homosexual. Algunos años antes, cuando el candidato era un obrero, el objetivo de los ataques fue la falta de vida académica de Lula. Ahora, con una mujer en la disputa, la polémica fue evidentemente reaccionaria y moralista. Eso generó un dilema para el movimiento social: Aceptar un debate rebajado y oportunista o ignorar el ataque a banderas queridas por la izquierda y a la clase trabajadora.

Las experiencias administrativas son fundamentales para mostrar la capacidad de gestión de las mujeres. Pero, lo que está en juego, fundamentalmente, no es la inversión del poder de mando, ni una prueba de competencia administrativa. Se trata de dar poder a las mujeres para que ocurran cambios importantes en la sociedad. Entre ellos, la redefinición del papel del Estado como instigador de políticas públicas capaces de cambiar la realidad material y cultural de las mujeres. Esta meta supone una permanente búsqueda de espacios de participación dentro y fuera de las instituciones políticas.

Otro factor importante se refiere a la capacidad del propio movimiento para proponer agendas significativas, que agreguen valor y contenido a las luchas de las mujeres y de la clase trabajadora. Esas agendas no pueden subestimar la cuestión ambiental y el futuro del planeta. Otra preocupación debe ser la calidad de vida, colocando en primer lugar la lucha contra el hambre, el acceso a la educación y a la salud de calidad, así como al trabajo decente y a la vivienda digna. Esos debates suscitarán la necesidad de métodos de participación que sólo son posibles con la profundización de la democracia.

Finalmente, las mujeres educadoras deben valorizar el propio espacio de trabajo y de actuación profesional. La educación es un factor fundamental para la orientación del proceso civilizatorio hacia la paz, del respeto a la diversidad, de la construcción de una sociedad socialista. El salón de clases, la escuela, la comunidad escolar son espacios de formación de sujetos autónomos y preparados para la vida en sociedad. Todas las luchas por el reconocimiento y la valorización profesional deben tener esa motivación y ese compromiso.

*Juçara Dutra Vieira*  
*Vicepresidenta de la IE*